

Ricardo A. Latcham: "Páginas Escogidas"

Por HERNAN DEL SOLAR

Somos muchos los que —por sobre toda cosa— consideramos oportuna la aparición de este libro. Llega en los días en que ha estado realizándose, entre nosotros, una reunión de escritores venidos de diversos países de América. Latcham, que hubiera sido tal vez nuestro mejor participante en las sesiones en que se enfrentó al escritor con su tiempo, con la sociedad en que vive y con los múltiples problemas de su oficio, no fue sino un recuerdo en lo hondo de una minoría de autores afanados en el ajetreo diario de la reunión. Hizo falta, indudablemente. Muchísima falta. Con él, desde luego, hubiera habido un amplio conocimiento de la literatura iberoamericana de ayer y de hoy, ante el cual ningún orador desaprensivo habría podido mostrar su creencia de que con él, y sus coetáneos inmediatos, viene naciendo la literatura de estos pueblos. Polemista agudo, agilísimo, su saber y su ingenio —sabiamente burlón— habrían echado por tierra mucha vanidad envuelta en jerga sonora.

Pero no pudo estar, ya lo sabemos. Nos gusta pensar, sin embargo, en su presencia, en sus palabras clavadas en el corazón del clown, en su disgusto creador, en su desasosiego inteligente, en su mentalidad que busca la exactitud, la precisión en el desarrollo del pensamiento.

Este libro lo acerca a todos. Aquí lo tenemos tal como se nos apareció siempre durante sus largos años de actividad literaria: probo, conocedor profundo de sus temas, que desentrolva con riqueza de puntos de vista y de vocabulario. A pesar de esto, muy de hoy.

Si "Páginas escogidas" traen a Latcham a nuestro lado, para dejarnos oír nuevamente su voz y recordarnos nombres y casos y cosas permanentes de la literatura iberoamericana, también nos colocan ante un hecho que debe señalarse debidamente en un tiempo en que son fáciles la ingratitud y el olvido. Nos referimos a que estas páginas han sido seleccionadas y ordenadas por dos escritores jóvenes que no le temen al hecho de mantener en la memoria a un maestro que admiraron. Pedro Lastra y Alfonso Calderón —los antologistas— están demostrando cada vez con mayor fuerza su preparación, su sentido literario, la claridad de su concepto de lo que corresponde hacer a un escritor para sostener, sin desmayo, la lealtad para consigo mismo, que es, en último término, lealtad para los otros, en una época de crisis, de cambios, de múltiples tentaciones, de compromiso de la más variada índole. Lastra y Calderón hicieron ya una antología de trabajos de Latcham, ahora recogen nuevas páginas, y prometen continuar esta digna tarea.

¿Qué nos aportan estas páginas? Al verlas reunidas no es difícil advertir la valiosa aportación. En primer plano: una ejemplar actitud de escritor. Latcham no improvisa, no busca el "más o menos", quiere ir siempre a la médula de lo que estudia y, llegado el momento de la exposición de su juicio, va con la mayor honradez recorriendo las posibilidades de expresarlo, hasta encontrar las mejores, las verdaderamente suyas. Entonces ya no teme. Se halla orientado. Y las palabras acuden en tropel en su ayuda. Esta abundancia de vocabulario alrededor de una riqueza de visión y de nitidez en el enfoque puede apreciarse apenas se lee alguna de sus páginas. No divaga ni se pierde en pormenores de significación escasa. Cuando, en determinadas ocasiones, parece alejarse del núcleo de su tema, no hace sino preparar nuevas perspectivas, o acarrear antecedentes necesarios para una comprensión más firme del asunto.

Nunca es seco en su sobriedad. Tiene el don de que la amenidad repunte de improviso en lo más árido de un asunto. Puede tratarse de una breve anécdota, de alguna observación pintoresca, de cualquiera apreciación inesperada. Bastan, así, pocas líneas para aligerar el tranco, para que el camino no pese.

Refiriéndose a la obra, dicen los antologistas: "En el primer ensayo Latcham configura un panorama sinóptico, lúcido e informado, sobre la narrativa americana contemporánea; en las dos notas siguientes, analiza las repercusiones e influjos promovidos por las obras de Balzac y Zola en las etapas iniciales del desarrollo de nuestro relato. La dirección de estos trabajos corrobora, de modo indiscutible, la afirmación de algunos de sus críticos más penetrantes, en el sentido de señalar la preocupación fundamental de Latcham "por el relato y sus formas en Hispanoamérica". Esta preocupación, que le incitó a una faena crítica incansable, levanta el nombre del escritor a una altura que no se alcanza fácilmente. En este libro la vemos en brillante actividad cuando se inclina sobre el quehacer literario de autores de ayer o de estos días, y de diferentes pueblos, medios, condiciones y calidades. A veces, al crítico se une el historiador y, con ambos, de improviso, el narrador que pudo ser Latcham, que sólo se insinúa, y que el lector lamenta sentir escondido, como temeroso de sus posibles aventuras.

Todos los trabajos de estas "Páginas escogidas" merecen la más detenida lectura. No podemos enumerarlos, pero indicamos algunos que, a nuestro juicio, sobresalen: los que dedica Simón Rodríguez, a Francisco Bilbao, a los "cuatro grandes" de la literatura chilena durante el siglo XX— D'Halmar, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Neruda— con motivo de un libro publicado por Alone, y los que tienen por tema a Mariano Latorre, Santiván y distintos aspectos de la crítica. Es de sumo interés reencontrar en "Mi vida literaria y cómo he visto el desarrollo de las letras chilenas contemporáneas" al escritor que con firme comprensión de sí mismo se asoma a sus ideas, sus creencias, sus predilecciones y echa a andar por entre diversos círculos donde se reúnen escritores y se comenta cualquier materia relacionada con la literatura y sus dependencias. Esas páginas —su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua— no sólo son aménimas y sirven para conocer a Latcham en su actitud frente a la literatura, sino el panorama de las letras desde que el autor es un adolescente hasta que, alcanzado un alto renombre, trata con la mayor naturalidad a las más importantes figuras que viven entre el 20 y el 50, años que permiten presenciar, en su marcha, el desenvolvimiento del quehacer literario en Chile. Con extraordinaria soltura, aménimamente, Latcham da una ojeada a ciertos salones literarios, a los periodistas de entonces, a los escritores que comienzan o que ya van por la etapa final de su viaje terrestre. Generoso, Latcham no escatima su simpatía a quienes la merecen por su rectitud o su audacia que no pierde malamente la brújula, ni tampoco oculta su admiración frente a escritores que han hecho de su vida un taller de ininterrumpido trabajo. A veces hombres que no parecen caber en una anécdota entran en ella con Latcham y muestran rasgos de su persona muy humanos y a ratos divertidos, como cuando don Juan Agustín Barriga hablaba apasionadamente, sin parar, en cualquiera calle, durante la noche, entre amigos, después de haber asistido a la tertulia, pongamos por caso, de doña Martina Barros. También asistimos, a curiosas confidencias de don José Toribio Medina, cuando de repente recuerda su juventud y dentro de ella a unas chicas estupendas. "Mira, niño, cuando yo era joven visitaba en ese recinto a unas chicas muy guapas que todavía recuerdo. Los tiempos han cambiado y las mujeres de ahora no tienen el mismo garbo".

Cambian los tiempos, claro, pero las chicas no pierden lo suyo, los evocadores siempre creen en el tiempo pasado como en un paraíso por donde se anduvo morisqueando inimitables manzanas, y los que cuentan estas cosas con gracia son escritores que viven siempre, sobre todo cuando —como Latcham— enlazan lo ameno con lo profundo, lo espiritual, lo memorable.